



ROMANCE TRAGICO

DE DOÑA SERAFINA ALCAZAR,

ó

EL HALLAZGO DEL CADAVER.

No muy lejos de Vitoria,
 en la gran Peña-Cerrada
 se halla una cueva, que un tiempo
 fue asilo de gentes malas.
 Unos hombres cierto dia
 por aquel sitio pasaban,
 y por huir de la lluvia
 en aquella cueva entraban;
 y allí hallaron con asombro
 una calavera humana,
 y un papel que esto decia,
 sin faltar una palabra:
 Yo soy Serafina Alcázar,
 que he sido de estas montañas

el asombro y el terror,
 y la que hizo muertes tantas.
 Cuando mi cuerpo se encuentre,
 mi conciencia aqui me manda
 que se halle escrita mi vida,
 porque no se ignore nada:
 hija fui de padres ricos,
 y entre regalos criada,
 y hasta que veinte años tuve,
 viví como Dios nos manda.
 Puse amor constante y fino
 en Don Pedro de Lasauca,
 jóven de prendas muy nobles,
 si bien de fortuna escasa;

pero mi padre y mis tios
me tenian empenada
con Don Luis de Vendaval,
rico y de noble prosapia.
A mis llantos y gemidos,
sordos mis padres estaban,
y mi boda á toda prisa
con Don Luis preparaban.
Yo que con odio mayor
cada dia le miraba,
viendo ya que sin remedio
se queria mi desgracia;
con Don Pedro huí una noche;
noche cruel, noche infausta,
pues que fué mi amante en ella
muerto á doce puñaladas.
Una banda de asesinos,
que aquel pais infestaba,
al encuentro nos salió,
al robo determinada.
Viéndome jóven y hermosa,
(horror el decirlo causa)
diez eran los foragidos,
yo sola y desalentada:
ponga un velo la vergüenza,
y sabed que á la mañana
en una cama me hallé,
de esos mónstruos rodeada:
entre llantos y gemidos
les pregunté donde estaba;
dijeron que en una cueva
que seria mi morada;
pero que no me affigiera,
que aunque viviera encerrada,
si á su gusto les servia,
no me faltaria nada.
Hiciéronme entrar entonces
á unas grandiosas estancias
que la gran cueva tenia,
guarnecidas y alhajadas;
de los robos que hecho habian
alli el depósito estaba,
con provisiones de boca,

y vinos de especies varias.
Despues que todo esto ví,
á otro cuarto me llevaban,
que era el último de todos
los que en la cueva se hallaban:
Alli habia... ¡Virgen pura...!
se me añuda la garganta
al recordar el horror
de que se cubrió mi alma;
alli habia calaveras,
huesos de persona humana,
cadáveres sin cabeza,
y mugeres degolladas:
niños sin brazos ni piernas,
y entre aquel horror estaba
una muger que tenian
con fuerte argolla amarrada.
A poca distancia de ella
un hombre robusto estaba
tambien atado á una argolla
y á una cadena pesada.
Dijo un ladron: aqui están,
porque la intencion malvada
tuvieron de huir un dia,
pero bien caro lo pagan.
Mientras esto me decian,
otro ladron se llegaba,
y les dijo: ánimo, amigos,
que un gran botin nos aguarda:
á dos leguas de este bosque
pasarán esta mañana
unos arrieros muy ricos,
que vienen desde Vizcaya;
salgamos al punto todos,
quede de guardian Simancas,
y volveremos sin duda
con lo mejor de sus cargas.
No bien acabó de hablar,
cuando toda la canalla
se fué con él presurosa,
dejándome alli encerrada:
era mi tristeza mucha,
y viéndome tan postrada,

dijo Simancas: muger,
si quieres, pronto estás salva:
los dos que presos están
de acuerdo conmigo andan,
para huir de aquesta cueva,
robando á la otra canalla:
tres hay tambien de los otros
que hacen parte en la maraña;
y tan solo una ocasion
para hacerlo se esperaba:
si consientes en ser mia,
y seguirme donde vaya,
saldremos con los tesoros
que en esta cueva se hallan.
En esto corrió á soltar
la muger y el camarada,
quienes viéndose ya libres
de contento se abrazaban.
Por salir de aquel lugar
donde me hallaba encerrada,
de Simancas juré ser,
y seguirle donde vaya.
En esto con unos hierros
que por alli se encontraban
aunque era fuerte la puerta
conseguimos arrancarla:
al instante de la cueva
sacamos muchas alhajas,
y cargamos cuatro machos,
que aun en la cuadra quedaban.
Bien provistos y animosos
salimos á la campaña,
cuando otros tres compañeros
á la cueva regresaban:
eran de Simancas amigos,
y como de acuerdo andaban,
se escaparon de los otros,
y á los nuestros se juntaban.
Siete eran nuestra cuadrilla
provistos de todas armas;
cinco hombres y dos mugeres,
y yo ya desesperada:
dejamos la cueva abierta,

y marchábamos con pausa;
pero dimos con los otros
á una media legua escasa.
Acometieronnos ellos
llenos de furiosa rabia;
mas no acertaron un tiro,
y los nuestros no se erraban:
de cinco que alli venian,
á la primera descarga
cuatro cayeron heridos;
el quinto se nos juntaba;
mas viendo que era el que hizo
en mí la primera infamia,
apenas le tuve cerca,
el pecho le abrí á estocadas.
Paga, le dije, traidor,
paga tu accion temeraria,
pues estoy por tí sin honra;
la vida á mi furia acaba.
Corrimos á los heridos,
y con mano sanguinaria
les cortamos las cabezas,
y les tomamos las cargas.
Huimos á toda prisa,
que iba entrando la mañana,
y á pocos dias de andar
nos hallamos en Vizcaya.
Dos años viví con ellos
feroz y desenfrenada,
y me cubrí de delitos,
que horror el contarlos causa.
Qué infamias no cometimos!
qué maldades! qué desgracias!
mas vidas quité yo sola,
que todos los de mi banda;
y como ya con nosotros
otros y otros se juntaban,
al que no me obedecia
le daba muerte inhumana.
Aunque siempre la conciencia
me roía las entrañas;
por la muerte de Don Pedro
estaba desesperada.

Y la infame compañía
de aquellos con quien andaba,
de un delito á otro delito
con su egemplo me incitaban.
A un padre aborrecia,
á mi madre detestaba,
y beber su sangre odiosa
pretendia con gran ansia.
Tan horrenda fue mi suerte,
que estando en una montaña
detuvimos unos cochés,
que á Madrid se encaminaban;
iban mis padres en ellos,
y al verles, desatinada
al padre maté de un tiro,
y á mi madre á puñaladas.
De la sangre que vertia
iba yo á beber airada,
cuando espirando la triste,
conocióme, y me miraba.
Hija infelice, me dijo,
tú con nuestra vida acabas;
mas yo rogaré por tí,
y el cielo oirá mis plegarias:
grandes tus crímenes son,
y al cielo piden venganza;
pero Dios es compasivo,
y así, mira por tu alma;
al decir esto espiró:
y como si sus palabras
fuesen una voz del cielo,
me dejaron asombrada.
Horror me daba yo misma,
y ni un punto descansaba,
meditando en mis delitos
y en mi suerte desastrada:
en la noche de aquel dia
llorando desconsolada,
sin que pudiese dormir,
casi me desesperaba.

Cuando me pareció ver
á mi misma madre amada,
diciéndome: penitencia,
que Jesucristo te llama.
En aquel instante mismo
como si fuese inspirada,
en secreto me escapé
de aquella gente malvada;
y como cerca de allí
un monasterio se hallaba,
me presenté á la priora
llorando desatinada;
contéle mi horrenda vida,
mis crímenes y desgracias,
y un asilo le pedia
donde viviese ignorada.
Túvome allí algunos meses
donde con lágrimas tantas
mis pecados confesé,
que Dios sosegó mi alma:
pedí al padre Confesor
poder vivir solitaria,
y me señaló esta cueva,
en donde estoy retirada.
Aquí en lágrimas continuas
pido al cielo con confianza,
que mis delitos perdone
con su sangre soberana;
que yo resignada á todo,
le pido con vivas ansias,
que haga sufrir á mi cuerpo,
con tal que salve mi alma.
Ojalá que con mi historia
escarmienten las muchachas,
y vean á que se esponen
las que abandonan sus casas;
y así roguemos á Dios
y á su Madre Soberana,
que nos dé á todos un dia
del paraíso la entrada.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, en donde se hallarán otros diferentes.